

Sobre la ideología de Lacan

CRISTINA MARQUÉS RODILLA

Doctora en Filosofía

About Lacanian Ideology

Abstract

The thesis that this article defends argues that at the core of Lacanian ideology is the object petit a, and the fundamental fantasm. The object a, surplus jouissance, is analogous to Marx's concept of surplus value. Lacan established his theory and practice in a climate that favored the articulation of psychoanalysis and Marxism within a poststructuralist frame. The cause that starts the process of capitalist production is the surplus value, the surplus jouissance can cause the demand of psychoanalytical cure. We are going to highlight the pass from the concept of ideology as an impotence to overcome, to an irreducible impossibility; the suspicion that there is 'something' behind is surmounted, since there is nothing behind. It is impossible to get away from ideology, since its narrative, being a symbolic construction of the imaginary, veils the void of the Real. The article briefly covers the transformation of the subject of the Enlightenment to his conversion into literary subject.

Key words: Object *petit a*. Surplus Value. Reason. Unconscious. Story.

Resumen

La tesis que defiende el artículo argumenta que la ideología de Lacan reside en el objeto a pequeña y en el fantasma fundamental. El objeto a, plus de goce, es análogo al concepto de plusvalía de Marx. Lacan produjo su teoría y su práctica en un clima que propiciaba la articulación del psicoanálisis con el marxismo en un marco estructuralista. La plusvalía es causa de la puesta en marcha del proceso capitalista de producción, el plus de goce puede causar la demanda de la cura psicoanalítica. Se subraya el paso desde la ideología como una impotencia a superar hasta una imposibilidad irreductible; la sospecha de que "algo" hay detrás queda superada: detrás hay nada. Es imposible salir de la ideología porque su narrativa, construcción simbólica de lo imaginario, vela el vacío de lo Real. El artículo recorre, brevísimamente, la transformación del sujeto ilustrado hasta su conversión en sujeto literario.

Palabras clave: : Objeto *a pequeña*. Plusvalía. Razón. Inconsciente. Relato.

ISSN. 1137-4802. pp. 75-92

Preguntarse por la ideología de Lacan, la ideología de sus escritos, supone cuestionarse por las etapas de su larga trayectoria creadora, aunque, quizá, pueda rastrearse una corriente subterránea, un fluido ideológico que impregne toda su obra.

Como todos sabemos la ideología es un sistema de creencias, más que de ideas, que orienta nuestras vidas. Es importante distinguir, siguiendo la propuesta de Ortega y Gasset¹, entre ideas y creencias, las primeras han sido pasadas por el tamiz de la reflexión y por la mediación de la crítica, las segundas responden a la influencia determinante del ambiente que de forma inconsciente empapa el imaginario del sujeto aculturado.

1 ORTEGA Y GASSET, J.:
Obras Selectas: *Ideas y creencias*,
Biblioteca de Grandes Pensadores.
Madrid, Editorial Gredos, 2012.

Es paradójico, al menos en una primera aproximación, que el héroe del psicoanálisis, que llega hasta lo más hondo en la reivindicación de la propuesta freudiana, el inconsciente, pueda quedar preso en las redes acrílicas y pasionales de la ideología.

Un postulado clave es que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, y se puede, e incluso se debe, analizar hasta sus últimas consecuencias. Lo malo es que éstas no pueden ser exhaustivas; siempre queda un resto, un desecho, una basurilla.

Quizá ahí, en el resto ininteligible, en el objeto a pequeña, se pueda localizar el límite de la palabra plena lacaniana. Ese núcleo indivisible e irreductible que es la letra a pequeña, encierra lo real, lo irracional, lo que no puede simbolizarse y formar parte del tejido consciente del sujeto del inconsciente.

Como sabemos ese objeto a, según confesión del mismo Lacan, es heredero de la plusvalía de Marx, uno de los calificados junto a Freud y Nietzsche como filósofos de la sospecha.

La tesis que voy a desarrollar se centra precisamente en la filosofía de la sospecha: ¿dónde está el culpable de nuestra ceguera? Lo tenemos localizado pero se muestra indestructible, podemos amortiguar sus efectos, pero nunca podremos desembarazarnos de él, hay que convivir con el enemigo que rechaza la palabra y que nos recuerda, con su impertinente repetición, que la *physis*, por mucho que el *nomos* la cerque, nunca será eliminada, y que la objetividad tiene por límite tanto la teoría misma, como el método o práctica con los que se pretende conseguirla.

La plusvalía y el goce

La lectura que hizo Louis Althusser sobre la obra de Marx puso de manifiesto la eficacia operativa de la ideología. Althusser descubre que el

joven Marx² estaba sumergido en el mito de la ideología alemana; interpreta que el joven Marx sabía de la miseria, de la descomposición, de la filosofía de Hegel que hacía del Espíritu el protagonista y motor de la historia; sin embargo la llegada de Marx a París, junto con las vivencias de Engels en Inglaterra, harán que se produzca un corte epistemológico en su obra.

2 ALTHUSSER, L.: *Pour lire Marx*, Paris, Maspero, 1975.

Althusser subraya que se nace en un lugar y en un tiempo determinado y que se empieza a pensar y a escribir en ese mundo dado; hay un mundo ideológico en el que el pensador nace al pensamiento. En el caso de Marx es el mundo de la ideología alemana de 1830 a 1840.

En 1843 Marx llega a París y comprueba que el proletariado estaba organizado, que la lucha obrera estaba en acción; su amigo Engels hace la misma comprobación en Inglaterra, donde se encuentra con un capitalismo desarrollado y una lucha de clases que tiene sus propias leyes y no tiene para nada en cuenta las premoniciones de los filósofos ni de sus filosofías. Esta experiencia efectiva hace que se rompa el velo de la ilusión, del mito, en que ambos vivían.

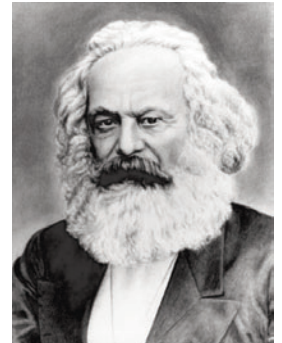
Los textos del joven Marx quedan totalmente cortados de lo que será su obra de madurez; podríamos decir que el joven Marx sufre los efectos de la ideología en sus propias carnes, y que una vez caído el velo que le ocultaba la realidad obrera en Francia e Inglaterra, se produce en su obra una ruptura epistemológica definitiva.

Merecía la pena detenerse en este recuerdo de la mítica *Aufhebung* porque Lacan está inmerso en esta concepción de la ideología: si el mismo Marx estuvo preso de la ilusión, la sospecha era el camino; ¿qué estaba detrás de los relatos de sus pacientes?, ¿cómo operaba realmente el inconsciente?, ¿qué relación establecer entre el deseo indestructible y el goce pulsional?, ¿la represión operaba desde el exterior, efecto perverso del capitalismo sobre el sujeto como creía Marcuse, o se trataba, más bien, de un mecanismo estructural?

Lacan va a encontrar en la noción de plusvalía, en el provecho del capital que extorsiona la ganancia del proletariado, el instrumento que le va a permitir explicar el goce de la pulsión como plusvalía de goce; hay un más de valor de goce, pero ¿quién goza? Goza la acéfala pulsión, el sujeto sufre; el goce es contrario al placer del sujeto. La expropiación del sujeto supone la ganancia del otro pulsional.



Althusser



Karl Marx

Si el plus de valor que puede generar la mercancía es causa de la puesta en marcha del proceso de producción capitalista, su análogo, el plus de goce, puede causar la demanda de análisis de algún sujeto que quiera liberarse de su alienación, que es, por definición, un exceso que le priva del placer.

Toda la clínica de Lacan está fundamentada en esta esclavitud estructural. La meta del viaje terapéutico es la liberación del goce pulsional del sujeto. El lenguaje tiene que ganarle la batalla a la pulsión; el sujeto del inconsciente está estructurado como un lenguaje y el lenguaje es poder simbólico, poder para elaborar un relato que permita al sujeto desengancharse, mediante el deseo creativo, de su sometimiento al goce acéfalo.

¿De la episteme a la doxa? Un paseo por la Modernidad

Realmente eso que se muestra opaco, que no podemos alcanzar racionalmente tiene una larga tradición en la filosofía europea. Podemos remontarnos a Hume y a su crítica de los conceptos metafísicos para comprender que la *episteme*, ese conocimiento absoluto que Descartes, siguiendo la estela de Platón, ambicionaba, es imposible; no obstante, quedaba aún mucho camino hasta descubrir que eso, lo opaco, no es solamente incognoscible, sino una treta del poder para lograr manejanos a su antojo.



Kant

Desde los inicios del siglo XX, sea la religión como opio del pueblo, la ciencia pretendidamente objetiva en sus leyes experimentales, o el inconsciente y su poder represor, van a ser contemplados desde la perspectiva de la sospecha, como ideológicos, como relatos elaborados por algún poder para someter a los “creyentes”, para que, los que toman por verdad lo que no es más que interés de parte, sigan siendo fieles a un modo de explicar la realidad, y, sobre todo, a un modo de orientar la praxis.

Sin embargo, según avanza el siglo XX, estos relatos encubridores, **las ideologías, pasan de ser un obstáculo a vencer para convertirse en dispositivos estructurales de poder que el pensamiento desenmascara.**

Pero desenmascarar al enemigo no significa acabar con él: es estructural e indestructible y no queda más remedio, siguiendo las sabias instrucciones de estoicos y espinosistas, que convivir con el enemigo; asumir que es estructural y que el hecho de desenmascararlo y aceptarlo, supone y expresa el máximo grado de libertad que se nos concede.

El salto cualitativo, la *Aufhebung*, es una superación melancólica porque no lleva a mejor, sino que **confirma la impotencia al radicalizarla como imposibilidad**³, se ha topado con la roca dura de la castración. Se ha topado con la imposibilidad de la objetividad y el sinsentido de lo real.

3 LACAN, J.: *Séminaire XVII, L'envers de la psychanalyse*. Paris, Seuil, 1991. (*El reverso del psicoanálisis*, Paidós, 1992).

Conviene no apresurarse, incluso dar marcha atrás, para volver a la Ilustración porque aunque derrotada, la clave sigue estando en manos de la Razón y su fe en la capacidad de autonomía y legislación de todo sujeto regido por las categorías del entendimiento.

Antes de llegar al nihilismo nos queda Kant y su titánico esfuerzo por afianzar el poder de la razón tanto teórica como práctica. No alcanzaremos la verdad absoluta que exigía el dogmático Descartes, pero tampoco hay que caer en el desaliento de Hume: el entendimiento puede, sí, *he can*. La objetividad está garantizada por la lógica espontánea de nuestro entendimiento, por el lenguaje y su estructura sintáctica.

Pero este esfuerzo ilustrado no va a impedir como afirma Finkielkraut⁴, la derrota de la Razón.

4 FINKIELKRAUT, A.: *La derrota del pensamiento*, Madrid, Anagrama, 1987.

Kant⁵ sostenía que había un límite no traspasable, una frontera insalvable; por más que avanzáramos en nuestros conocimientos, por más que la ciencia avanzase, nunca, jamás, se podría eliminar toda la ignorancia; la frontera se corre, pero siempre quedará algo de ignorancia.

5 KANT, I.: *Crítica de la Razón Pura*, en *Lógica Transcendental*; traducción de Manuel García Morente. Madrid, Tecnos, 2002.

La frontera móvil del conocimiento se irá desplazando pero siempre quedará un resto inalcanzable porque nuestra razón no es omnipotente respecto a la realidad. Dicho de forma coloquial, la ciencia avanza porque nunca se consigue la esencia de la realidad aunque se vaya perforando su núcleo.

Kant habla de los límites de un sujeto que no es omnipotente y que por tanto no puede conocerlo todo; su "maquina de conocer" es potente pero finita, en ningún caso puede, por su estructura, barrer toda ignorancia. La estructura cognoscente en Kant asegura la objetividad, conocimiento riguroso pero parcial: no-todo.

En este conocimiento no-todo podríamos, en una primera aproximación, intentar una analogía con la verdad no-toda de Lacan, pero no es posible tal analogía porque la objetividad kantiana es el producto de la

actividad de las categorías del entendimiento que se fundamentan en conceptualizaciones de carácter discursivo y no intuitivo.

La verdad no-toda de Lacan, su semi-verdad, se constituye en el diván por la simbolización del imaginario del sujeto. El proceso es el opuesto y los registros difieren. Kant sintetiza los hechos particulares, fenómenos, con las categorías del entendimiento, que se expresan en un juicio con valor de verdad parcial pero universal y necesaria.

La simbolización de las fantasías del analizante teje el objeto a pequeña como la causa del deseo particular y concreto de ese sujeto. La producción arroja el relato del sujeto que no tiene más verdad ni sentido que los que tengan para ese sujeto que ha realizado el viaje terapéutico.



Jacques Lacan

Ambos, Lacan y Kant constituyen un objeto. Efectivamente, el sujeto kantiano conoce el objeto que él mismo constituye, pero su actividad conoce un objeto concreto de experiencia universal, es simétrica a la actividad de Newton que acababa de establecer, mediante el método hipotético deductivo, los principios de la mecánica tanto terrestre como celeste, porque las categorías del entendimiento constituyen las condiciones de posibilidad de experiencia de cualquier sujeto.

Ontología, gnoseología o ninguna de las dos

Como he pretendido recordar, la historia de la filosofía occidental camina desde el ser hacia el sujeto.

La caída de la metafísica, tan querida hasta bien entrado el siglo XVIII, deja paso al poderoso sujeto, ese que al principio nos encierra en la cárcel de la Razón y que, después, nos arroja a las tinieblas del inconsciente que teje su tapiz imaginario.

Que la realidad, objeto de la ontología se nos presente como ajena, como resistente al afán de conocimiento del sujeto, no quiere decir que ésta sea irracional, quiere decir que nuestro instrumento para conocer, el lenguaje, siendo potente no lo es tanto como para poder eliminar toda ignorancia o, si se quiere, para alcanzar la esencia de esa realidad.

Habrà, sin embargo, otro salto cualitativo que el romanticismo hegeliano se encarga de dar y que Nietzsche termina consolidando.

Se trata de la eliminación de la cosa en sí que Kant había preservado en los límites del conocimiento objetivo como realidad inalcanzable; el fenómeno, para mí, puede objetivarse pero el noúmeno, la cosa en sí, no es representable; la esencia nos está vedada pero está, existe, en ese más allá inaccesible a las condiciones de experiencia posible del sujeto.

La alusión a la navaja de Occam no es baladí aunque disponemos de la *Aufhebung* de Hegel⁶ para explicar la desaparición del noúmeno, la inexistencia de la Cosa-Idea, y atisbar la importancia del lugar vacío dejado por la retirada de la cosa en sí.

⁶ HEGEL, G.W.F.: *La fenomenología del Espíritu*, traductor Wenceslao Roces, México, FCE, 1981.

Precisamente porque la cosa en sí de Kant desaparece bajo la *Aufhebung del Espíritu*, es posible que Lacan exprese su determinación de colocar el objeto a, producto de la teoría y la práctica psicoanalítica, en el lugar vacío de la Cosa-Idea.

La torsión es muy violenta pero Lacan no hace sino seguir los pasos de Freud, mediación hecha de Nietzsche; la razón es sustituida por la Voluntad de poder, la pulsión y el vacío se apoderan de la realidad porque lo Incondicionado, el Interlocutor de la relación trascendental de conocimiento, pasa a ser un objeto cuyo goce, prohibido, sería mortal para el sujeto.

Lacan eleva el objeto a pequeña a la dignidad que otra hora detenía la Cosa freudiana⁷: “la definición general que os doy de la sublimación es esta –que eleva un objeto –y al hacerlo no rechazo las resonancias de calambrur que puede tener el uso del termino que voy a utilizar –a la dignidad de la Cosa”.

⁷ LACAN, J.: S.VII, *L'Éthique de la Psychanalyse*. Paris, Seuil, 1986, p.133. La traducción es mía.

Se habla de sublimación porque se renuncia al goce absoluto; la Cosa freudiana es la Madre. La Cosa-Idea o noúmeno es el significante de lo Incondicionado que para la filosofía pertenece al registro racional. Es el psicoanálisis el que utiliza el mismo significante para referirse al goce de la pulsión.

Kant afirmaba la existencia del inalcanzable noúmeno, el interlocutor incondicionado de las apariencias fenoménicas, *ergo*, su objeto era trascendental; pero al ser ese trascendental inalcanzable por y para la representación, decae en su existencia dejando paso a un vacío que será preciso, según Lacan, velar con un exceso, con un plus de goce.

El Espíritu en su recorrido fenomenológico, en su recorrido por la historia de la Humanidad, había experimentado esa Nada en la que se había convertido el noúmeno al ser colocado por Hegel como negatividad radical.

El giro especulativo hegeliano consiste en transformar la experiencia negativa de la cosa en sí, su irrepresentabilidad, en una experiencia de la Cosa en sí como negatividad. Lo que se positiviza es la misma negativi-

dad. Lo que es inmanente en esta experiencia es la pura negatividad, la no existencia de la Cosa-Idea (Nada) como ente positivo.

Dado que nos hemos quedado sin la trascendente Cosa en sí tendremos que buscar un sustituto que ocupe su lugar vacío, pero ese objeto será poca cosa, real e imposible, se escribirá sin cesar pero con minúscula; será un resto de goce que dé cuerpo a la pura Nada.

No puede olvidarse que para Hegel lo Real es Racional, que el Espíritu tiene que llegar a ser lo que ya era en su origen abstracto, pero cuando el sujeto llegue a colocarse donde *ello* estaba, tal como exigían Freud y Lacan, lo Real será ya Irracional como lo estableció Nietzsche.

¿Por qué distinguir entre apariencia y realidad?, ¿qué absurda patraña nos obliga a distinguir entre noúmenos y fenómenos?

⁸ NIETZSCHE, F.: *El crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Traducción de Sánchez Pascual, A. Madrid, Alianza, 1979; p. 80.

Nietzsche, en 1889, da cuenta de cómo “el mundo verdadero” acabó convirtiéndose en una fábula⁸: “hemos eliminado el “mundo verdadero”: ¿qué mundo ha quedado?, ¿acaso el mundo aparente?... ¡No!, ¡al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente!”



Nietzsche

El proceso iniciado con esta filosofía a martillazos no podía desembarcar sino en la postmodernidad, puesto que lo que se afirma con la teoría de la sospecha es que no hay nada que conocer, el esfuerzo no merece la pena, porque la realidad no sólo es opaca para el sujeto, sino, lo que es peor, es ininteligible en sí misma: es irracional.

Los escépticos afirman que es imposible alcanzar la verdad, pero, cuidado, hay que aceptar que este postulado es incontrovertible. La postmodernidad, la sofística de nuestro tiempo, corrobora la afirmación de Gorgias: nada existe, si algo existiera no podríamos conocerlo y si alguno lo conociera, no podría comunicarlo, *ergo*, el solipsismo más absoluto.

Parece claro que el pensamiento, al menos el más numeroso y aplaudido, ha derrotado no sólo la razón, ha eliminado la realidad como supuesto a partir del cual nuestra razón puede trabajar; sin materia prima, ¿qué producto podemos fabricar?

Ni ser ni conocer, ni ontología ni gnoseología: sentido e imaginario. El lenguaje natural es el máximo exponente de nuestra capacidad simbólica y hasta el siglo XX servía, siempre guardando las distancias, tanto al imaginario como al pensamiento con los diversos escalones y matices que pueden

establecerse entre la mitología y la ciencia; pero la postmodernidad ha subsumido la ciencia en la mitología. Quizá sería pertinente analizar si la filosofía ha sido reducida a pura ideología.

El saber es estrictamente imaginario y aunque no pueda calificarse a Lacan de postmoderno, sí puede situarse en la estela que va de Nietzsche hasta el estructuralismo y la relectura de la obra de Marx.

La ideología de Lacan

Si la ideología se nutre de creencias más que de ideas, si todo marco teórico tiene que aceptar como irrefutables ciertos postulados, la teoría y la práctica del psicoanálisis lacaniano podría estar sustentada en supuestos, algunos de ellos no explícitos, pero que se deducen de su obra, concretamente, de su aceptación de la *doxa*, la cierta opinión, mejor, la recta opinión, como el máximo grado de verdad que podemos alcanzar en nuestra humana condición.

Ni el realismo ingenuo que pretendía alcanzar la *episteme*, ni al menos, como proponía Kant, una objetividad para los enunciados que hubiesen respetado las condiciones de posibilidad de nuestro entendimiento. El objeto a pequeña no es objetivo, es un exceso de goce.

No hay cierta opacidad, la niebla se ha convertido en tinieblas que se rasgan momentáneamente con el sentido que el imaginario proporciona; consuelo imaginario para la herida narcisista que Freud inauguraba y de la que Lacan extrae sus últimas consecuencias.

La creencia básica es la sustitución de la Realidad, imaginaria, por lo Real, irracional que nos golpea con su sinsentido.

Sentido sí, pero sabiendo que es imaginario; que nuestra capacidad simbólica produce sentidos consoladores para tapan el agujero que está debajo o detrás de la Realidad; si se quita la tapa aparece lo Real como absurdo.

La expresión “el agujero de lo Real”, es una metonimia, la parte de un todo que queda completamente claro cuando se completa: la Realidad no es más que la capa imaginaria que cubre la falta ontológica, la ausencia de sentido, en tanto que esta realidad no es otra cosa que el producto simbólico de nuestra imaginación.

Cuando el sediento viajero llega al oasis de la realidad se topa con un vacío que le dicta el absurdo de cualquier sentido, aunque eso sí, necesitamos uno, no podemos vivir sin relatos de “ciencia ficción” y por eso la Metafísica es, como decía Kant, una amante perjudicial que el hombre se resiste a abandonar; algunos no son capaces de hacerlo aunque intentan ponerle límites y soportar sus embestidas cuando el goce se hace irresistible.

No obstante, Lacan metaforiza este vacío con la topología; no se puede hablar de una ontología, pero sí de una construcción ontotopológica que Lacan desarrolla en distintas etapas, y que formaliza lo que en la clínica es un relato.

La construcción simbólica siempre se queda corta, no puede decirse todo, pero el matema es una expresión explícita, su trasmisión es completa y unívoca, se dice íntegramente porque es una expresión formal.

Lacan no construye un sistema topológico *sensu estricto*, pero toda teoría exige un grado de formalización; Lacan lo consigue utilizando distintos objetos topológicos, que van a metaforizar el objeto pequeña a y el fantasma fundamental⁹; este fantasma es donde dicho objeto se articula para constituir el ser, siempre metafórico, del sujeto del inconsciente.

⁹ MARQUÉS RODILLA, C.: *El sujeto tachado, metáforas topológicas de Jacques Lacan*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

Uno de estos objetos topológicos es el cross-cap, que es la definición del fantasma fundamental: el sujeto simbólico es el corte del objeto a pequeña. El sujeto se recorta, en un corte de doble vuelta realizado sobre el cross-cap, se separa, renunciando a ella, de la Cosa; renuncia al goce absoluto, y en su lugar coloca un objeto parcial como compañero de goce, causa de deseo y consistencia ontológica.

La exigencia de un paso del mito al logos en el psicoanálisis conduce a Lacan, en 1961, hacia la topología. En 1962 define el fantasma fundamental como cross-cap. Diez años después, en el cenit de su teoría, sigue sosteniendo que el cross-cap es una forma de organizar matemáticamente el agujero de lo real; el agujero queda organizado con el sujeto-significante, oscilante respecto a su goce parcial; es la definición del sujeto articulado a su objeto y separado de la Cosa.

Gracias a este operativo lógico la narrativa ideológica de Lacan adquiere una formalización metafórica, escribe en una fórmula teórica, la separación con la Cosa-Madre.

Lacan y sus contemporáneos

Lacan teoriza, y lleva a cabo su práctica analítica, en el entorno de los intelectuales parisinos de la segunda mitad del pasado siglo XX. En el caso de Lacan este medio intelectual parisino era el de los *maîtres penseurs* que no se limitaban a analizar e interpretar los conflictos; los intelectuales parisinos diagnosticaban, creaban opinión e, incluso, algunos como Sartre enarbolaban la bandera del compromiso político y bramaban contra “las manos sucias”, a la par que denunciaban el antihumanismo rampante.

Descontando este pequeño contratiempo, Lacan nadaba en un mar de empatía.

El pensamiento parisino a la altura de su tiempo estaba en el nivel que le era propicio: la articulación del marxismo y el psicoanálisis. Podemos recordar el impacto del libro de Deleuze¹⁰ y Guattari, *El Anti-Edipo*, que articula la esquizofrenia, las máquinas deseantes y la alienante explotación capitalista.

Marx se había limitado a establecer cómo el trabajo se desprende de toda cualidad concreta hasta convertirse en un flujo abstracto y cuantificable que sirve para poner precio a la mercancía; precio ligado a la plusvalía. Pero la plusvalía es como Jano y puede ser causa de alienación económica pero también causa de deseo.

Freud había establecido el deseo como energía libidinal y abstracta; las máquinas deseantes desean, pero no desean algo concreto, será el mercado el que se ocupe de ofrecer objetos para ese deseo sin objeto determinado.

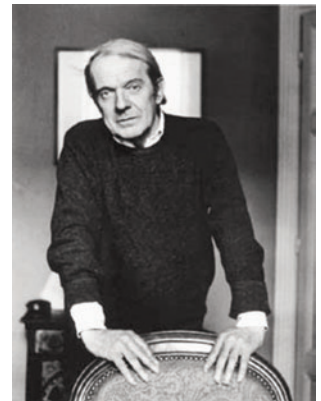
Para Deleuze el deseo es lo Real pero está inscrito en lo social.

El flujo indiferenciado del deseo no deja de operar, es indestructible y lo que el capitalismo moderno propicia es el encuentro de ese deseo con la más variada oferta de objetos para el consumo.

La división del sujeto queda así sellada por la búsqueda de un plus de goce, un más de disfrute, que la máquina deseante deglute rápidamente; el dispositivo está siempre en marcha y el deseo indestructible alimenta sin cesar la plusvalía.

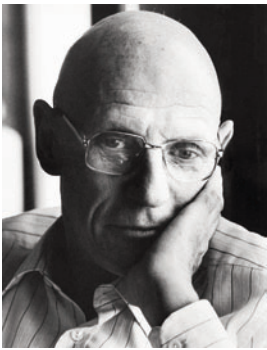
¹⁰ DELEUZE, G. et GUATTARI, F.: *L'Anti-Edipe*. Paris, Les Editions de Minuit, 1972.

Es conocida la divergencia entre Deleuze y Lacan; el triángulo edípico es criticado por Deleuze como residuo judeocristiano. Ambos utilizan los mismos significantes aunque divergen en su significado.



Deleuze

Hay que recordar que la noción de *dispositivo*, así como *El Anti-Edipo*, forman parte del impacto del Mayo de 1968 parisino; hoy nos parece de una evidencia palmaria porque la metáfora de las máquinas deseantes está ya integrada y las estrategias de marketing la tienen en cuenta, pero en su momento, la emancipación del deseo sirvió para mostrar la capacidad del capitalismo para recuperarse y generar, a través del deseo, mecanismos más sofisticados de control y explotación, aunque también, líneas de fuga.



Foucault

No obstante, este panorama intelectual era mucho más amplio y no podemos dejar de fijarnos en Foucault que estudiaba las formas que reviste el poder. El poder produce cosas, leyes e instituciones, pero también induce placer, forma saber, produce discursos. El poder está en todas partes, se está produciendo a cada instante.

Deleuze habla del deseo y Foucault de su represión. La contradicción es sólo aparente. Foucault muestra cómo el poder castiga y conduce los flujos del deseo por los canales de lo “conveniente”; la ley se esgrime como soberana a la que rendirse a gusto o a disgusto, pero es sólo la manifestación terminal, macrofísica, del poder.

Así, el colegio, el cuartel, los manicomios y las cárceles responden al cambio de mirada de los dispositivos de fuerzas microfísicas, poderes acéfalos, que en su interconexión generaron el discurso de poder-saber de la modernidad.

Foucault¹¹ insiste en no dejarse engañar por el fenómeno estrictamente negativo de la miseria sexual, que ciertamente existe, pero no hay que dejarse llevar de una explicación tautológica, diciendo que es debida a la represión.

11 FOUCAULT, M.: *Surveiller et punir*, Paris, Gallimard, 1975.

FOUCAULT, M.: *Microfísica del poder*. Madrid, La Piqueta, 1978.

Decir que se es miserable sexualmente porque se está reprimido, es no darse cuenta de lo que hay detrás; hay que descubrir que esta miseria sexual es producto de la eficaz impronta del poder que se está produciendo a cada instante en todas las relaciones; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social.

Deleuze genera su propio discurso sumergiéndose en la trastienda de las conductas de las máquinas deseantes. ¿Por qué alienarse en esos productos de consumo?, ¿por qué las masas desean ser sometidas, y aunque inconscientemente, eligen el sometimiento y temen la libertad?

La respuesta está en el deseo, en ese flujo libidinal, en esa energía indestructible que no tiene un objeto preciso. Además, esa corriente despersonalizada e insaciable habita debajo de nuestros intereses conscientes, opera sobre el sujeto arrojándolo en el sinsentido.

Lacan estaba, pues, inmerso en el clima de crítica de estos conceptos filosóficos, pero también ideológicos, que le sirvieron de punto de apoyo para desarrollar su propia teoría y práctica psicoanalítica. En *Los cuatro conceptos del psicoanálisis*¹² estudia el inconsciente, el deseo, la repetición, que no es otra cosa que plusvalía de goce, y la represión.

12 LACAN, J.: *Séminaire XI, Les quatre concepts de la Psychanalyse*, Paris, Seuil, 1973. (*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, 1986).

La articulación del psicoanálisis y el marxismo, aunque sea en versiones tan heterodoxas como las que venimos citando, son las fuentes en las que bebe la ideología lacaniana.

La ideología de Lacan es liberadora, el deseo no tiene que estar necesariamente ligado a la esquizofrenia, ni al consumo compulsivo; se puede jugar con el equilibrio dinámico, inversamente proporcional, de dos de estos conceptos: el deseo y el plus de goce. La cura psicoanalítica disminuye la pulsión del goce idiota.

El malestar en la cultura que detectó Freud se había convertido en una tortura que el existencialismo había representado eficazmente con el mito de Sísifo; la máquina deseante está condenada a subir la piedra, a "consumir" sin cesar, para ver cómo la piedra rueda ladera abajo y, de nuevo, sintiéndose impelida por la pulsión, volver a subirla.

La promesa del psicoanálisis consiste en romper este lazo para poder articular el deseo con algún objeto menos devastador. La plusvalía es siempre negativa para el proletario; gozar menos es bueno para el sujeto porque detiene la glotonería de ese otro pulsional cuyos intereses desconocemos. Conocer estos intereses que nos esquilmán el placer y nos arrojan a la miseria sexual es la meta del viaje terapéutico.



Sigmund Freud

Más allá de los *Maîtres penseurs*, lo que nos lleva a los orígenes de la ideología de Lacan, al último eslabón de la cadena causal, es el lenguaje; el lenguaje natural y, también, el lenguaje topológico que se utiliza para elevar la práctica clínica a la categoría de matema: el dispositivo lingüístico es la clave del psicoanálisis.

El sujeto tiene estructura de ficción

¿En la respiración de la obra de Lacan se percibe con fuerza el aliento misterioso y jovial de Nietzsche? El aliento de Nietzsche late en el discurso de todos los coetáneos aquí citados. En Lacan la influencia de Nietzsche se percibe en su crítica de la objetividad científica y en su reivindicación del lenguaje como metáfora. La filosofía y la ciencia quedan reducidas a lo que Lacan llamará discurso del amo universitario.

En la tesis de Nietzsche sobre la capacidad creativa y poética del lenguaje frente a la moneda gastada, y ya sin relieve, de las fórmulas millones de veces repetidas, y que nos quieren pasar de contrabando, asegurando que son verdades objetivas, está parte del material con el que se construye la ideología lacaniana.

La filosofía a martillazos de Nietzsche pretende la derrota de la Razón y la emergencia poderosa de la imaginación poética; los falsos ídolos conceptuales que hemos adorado, confiando en los poderes taumáturgicos de la verdad, no eran más que abstracciones vacías que pretendían distinguir el fenómeno de la cosa en sí misma, sin reconocer que no hay más que apariencias, fenómenos que no esconden cosas en sí, que es vana la pretensión de desdoblarse el mundo entre el modelo y sus copias, de distinguir entre la *doxa* y la *episteme*.



Nietzsche

Este es el discurso con el que se inaugura el siglo XX. Nietzsche muere en 1900, el mismo año en que Freud publica *La interpretación de los sueños* y comienza el despliegue del psicoanálisis, el desarrollo teórico y clínico del sujeto del inconsciente, sujeto simbólico con estructura de ficción. El tejido del sujeto es poético aunque no deje de ser un objeto pulsional.

Aquí es donde realmente puede establecerse un paralelismo entre Nietzsche, Freud y Lacan: el tejido del sujeto obedece a una articulación de repulsión/atracción, el espíritu apolíneo y el dionisiaco deben convivir en inestable equilibrio dinámico, sociable insociabilidad que ya anunciaba Kant sin tener necesidad de organizar agujero alguno; el eterno retorno de lo mismo, que es el retorno de la diferencia porque lo mismo es puro mito, sigue siendo la pesadilla: el síntoma que no cesa de escribirse.

El lenguaje es creativo y la palabra plena es la única forma de hacer girar la banda de Moebius, la única forma de cambiar goce por deseo, la única forma de superar la pulsión acéfala que obliga al sujeto a repetir el síntoma.

El objeto a es la roca de la castración del sujeto, el límite pulsional y absurdo, sinsentido, que es necesario articular con el significante para que este objeto obture el vacío de lo real. Sólo el relato puede velar la pendiente de lo real.

El atravesamiento del fantasma fundamental marca el final del análisis. Es el final en el doble sentido de meta del procedimiento y de final de la metonimia significante. Lacan afirma que no hay metalenguaje, el relato tiene que terminar, el sujeto está diferido, pero su diferencia tiene que cristalizarse en una conclusión.

El punto final del relato se produce con el atravesamiento del fantasma fundamental, que no quiere decir que éste desaparezca sino que se ha producido el corte topológico que encaja el objeto en el corazón del sujeto, articulándose ambos en un parpadeo de apertura y cierre.

La fantasía es una construcción que permite al sujeto llegar a un pacto con el objeto traumático del goce; no todo es interpretación simbólica, el atravesamiento es una experiencia que permite obturar la falta ontológica porque detrás de la fantasía no hay nada.

Es imposible salir de la ideología porque es la fantasía la que vela el vacío de lo Real; estamos argumentando sobre la ideología de Lacan y este entramado que vela el desierto de lo Real está tejido con la simbolización de los sueños y las fantasías del analizante, pero se pueden construir múltiples relatos parecidos.

La ontología de Deleuze establece nítidamente la prioridad de la diferencia frente a la identidad; la identidad, siempre inestable, está diferida. El original es la diferencia, no hay copias porque no hay modelo, las copias difieren entre sí pero todas ellas responden al nihilismo estructural.

En el caso de Lacan, la diferencia y lo diferido son el sujeto que se va construyendo en el diván según se va “escribiendo” la narración que da cuerpo simbólico a su falta de ser.

Resuenan con fuerza las palabras de Deleuze¹³: *“las diferencias son las que se parecen, las que son análogas, opuestas o idénticas, la diferencia está detrás de todas las cosas, pero detrás de la diferencia no hay nada”*.

¹³ DELEUZE, G.: *Différence et répétition*, Paris, PUF, 1968. p. 80. La traducción es mía.

El falo es el significante del psicoanálisis pero significa la falta, la ausencia del ser. Falta un significante en el Otro y, por ello, falta también

el significante que daría identidad al sujeto. La identidad narrativa que se construye el analizante está diferida, tiene carácter retroactivo.

A modo de conclusión

El lenguaje del inconsciente lanza mensajes cifrados de nuestro indestructible deseo, la verdad es creatividad; la elaboración subjetiva es un relato, es la novela de nuestra vida.



M.C. Escher:
Banda de Moebius

El relato que se elabora en el análisis es único, es el resultado del trabajo analítico y, si bien es lo más personal de un sujeto, es sólo una variación de la melodía universal.

El relato particular que trama el tejido de un deseo elaborado sesión a sesión psicoanalítica, es el efecto de unas estructuras todopoderosas que no son un inconsciente colectivo pero son la estructura de la subjetividad, las condiciones de posibilidad de toda experiencia subjetiva posible, condiciones ahistóricas que se van nutriendo de los deseos concretos de cada sujeto y de cada época.

Deseos descifrables y analizables; deseos simbolizables por el poder de la palabra; deseos que constituyen el margen de libertad del que disponemos; deseos inversamente proporcionales al goce que padecemos; la fuerza negativa de la pasión puede torsionarse mediante el análisis, haciendo girar la banda de Moebius hasta poner su fuerza creativa a favor del deseo.

Y ahí reside toda la magia: en hacer girar la banda unilátera hacia lo simbólico para no quedar atrapados en el sufrimiento del goce, determinismo de lo real que nos golpea con su irracionalidad. Fuga hacia delante para escapar de la muerte de la repetición.

No hay más revoluciones que las de los planetas alrededor de sus órbitas. La alienación religiosa es estructural. Lacan acepta la afirmación de Nietzsche cuando asegura que Dios existirá mientras exista la gramática.

Tampoco hay que luchar contra el capitalismo, que se descubre igualmente estructural; el mensaje de Deleuze en el *Anti-Edipo* es, por el

momento, irrefutable; el capitalismo se recupera siempre de sus crisis porque es capaz de conectar con el deseo del sujeto proporcionándole los más variados fetiches, síntomas de su alienación constitutiva.

El pobre Marx no pudo salir, ni de joven ni de maduro, de las redes de la ideología porque, aunque sus esfuerzos fueron titánicos, creyó que había salvación, desconoció el poder omnímodo de la estructura económica. Confió en unas leyes objetivas que se cumplirían inexorablemente; lo único que se podía hacer era acelerar este proceso estimulando la lucha de clases y el desarrollo de las fuerzas productivas que entrarían en flagrante contradicción con el modo de producción capitalista. Como afirma Castoriadis¹⁴, la creencia en que el curso de la historia de la liberación de la miseria es inexorable ha sido la causa de la burocratización, de la petrificación de la teoría que se ha convertido en técnica política.

14 CASTORIADIS, C.: *L'institution imaginaire de la société*. Paris, Seuil, 1975.

Algo semejante ha ocurrido con la teoría psicoanalítica; los herederos de Lacan se limitan a la aplicación clínica de los dogmas establecidos, fosilizando una teoría que no avanza y burocratizando el funcionamiento de la Escuela.

La ideología de Lacan es uno de los itinerarios surgidos de la diáspora de la modernidad. En el mundo moderno la razón iluminaba la ignorancia del hombre sobre el mundo y la palabra constituía una referencia obligada para formalizar el conocimiento. De ahí el surgimiento de leyes y teorías universales, las ciencias positivas, que intentaban no solo conocer el mundo sino también predecirlo.

La postmodernidad adopta una visión radicalmente distinta. Rechaza la idea del individuo autónomo y se centra en experiencias colectivas, anónimas y anárquicas. Debemos conformarnos con minirelatos acerca de los pequeños hechos de nuestra experiencia sin pretender que tengan validez universal; las grandes narraciones ya no son creíbles porque la terrible historia del siglo XX, con el holocausto a la cabeza, demuestra que el progreso de la humanidad es mera ilusión.

Al socavar el valor del conocimiento, señalan la importancia de los juegos lingüísticos con los que cada cual construye su realidad, su relato particular o el de su colectivo, de mujeres, de homosexuales o negros, etc. El único valor del conocimiento es funcional; una teoría científica es ver-



Castoriadis

dadera si es eficaz; pragmatismo puro y duro: todo nuestro conocimiento riguroso puede ser almacenado en un ordenador. Lo demás es ruido.

Así, la Razón universal y cosmopolita que defendía la Ilustración, se ha fragmentado en una multiplicidad de relatos, que se refieren a otros relatos, se ha fragmentado en un mundo de signos que se refieren a otros signos, como si la realidad consistiera en una simulación que nos remitiera a otra simulación y ésta a otra... *ad infinitum*.